



Guía de lectura

ALFAGUARA

Stefano De Bellis
Edgardo Fiorillo
El derecho de
los lobos



Narrativa Internacional Traducción de Carlos Gumpert

Penguin Club de lectura

LA OBRA

Roma, 80 a. C.: cuatro sicarios irrumpen en un burdel de lujo en los barrios bajos de la capital, La Vaina del Gladio, donde se está celebrando una fiesta. Ahí masacran a todos los asistentes: los esclavos, un proxeneta griego llamado Helicón, tres prostitutas y un rico comerciante de telas aspirante a senador.

El único superviviente de la carnicería es el dueño del burdel, Marco Garrulo, conocido como Medio As, que logra escapar por una ventana. Son muchos los que ya le están buscando y elucubrando con la posibilidad de que sea cómplice o ejecutor de la matanza, entre los cuales se encuentra Tito Anio Tusculano, un carismático excenturión, inteligente e inquieto.

Mientras tanto, Cecilia Metela, una importante e influyente vestal romana, le pide en secreto a un joven Cicerón que defienda en el foro a su cliente, Sexto Roscio de Ameria, de la acusación de parricidio. El caso es muy delicado, no sólo por la gravedad de la acusación, sino también por las más que probables intrigas políticas que se esconden tras el caso. Sólo después de haber aceptado el encargo, Cicerón se enterará de que el padre de Sexto había sido misteriosamente incluido en las listas de proscritos de Sila a pesar de haber sido siempre uno de sus partidarios; por ello, tras su muerte, todas sus posesiones (trece fincas, por valor de millones de sestercios) habían sido confiscadas y luego compradas por sus

sobrinos —primos de Sexto Roscio, que ahora lo acusan de parricidio— y por un tal Rufo Cornelio Foca.

Cuando Tito llega con sus compañeros al puerto de Ostia se entera de que Medio As logró embarcarse hacia Sicilia la misma mañana de la masacre. Después de renunciar a la posibilidad de encontrarle, regresa a Roma, donde un amigo le revela un secreto: Medio As poseía un tesoro en piedras preciosas y está seguro de que lo guardaba en su casa, dentro de unas estatuillas.

Cicerón sigue estudiando y preparando la causa de Sexto Roscio junto a su fiel esclavo Tirón y, poco a poco, descubre la trascendencia política del asunto: Rufo Cornelio Foca no es más que un seudónimo bajo el que se esconde Crisógono,

un poderoso liberto y brazo derecho de Sila. Detrás del presunto parricidio parece haber un complot urdido por él en alianza con los primos de Sexto. Cicerón se empieza a desesperar y duda de si va a poder salir victorioso del foro. Además, Metela le ha prohibido nombrar a Crisógono, lo cual lo obliga a basar toda la defensa únicamente en la inocencia de Sexto. Escribe entonces la famosísima oración *Pro Sexto Roscio Amerino*, que pasará a la historia como la primera gran defensa del célebre letrado. Para destapar la verdad detrás de toda la trama Cicerón descubre que en el foro está en juego no sólo el destino de Sexto, sino el suyo propio e incluso la supervivencia de la República. Y no todo terminará con su victoria.

NOTA HISTÓRICA DE LOS AUTORES

En el 80 a. C. Lucio Cornelio Sila mantenía un firme control del poder. Como campeón de los *optimates*, el hombre que había salvado el orden establecido, basado en la aristocracia senatorial de Cayo Mario y sus acólitos populares, aparecía ahora a los ojos de los romanos como un aspirante a tirano. Durante los años de la dictadura había establecido estrechas relaciones con los Metelos, la familia patricia más influyente de la época. Estos habían pensado que podrían manipularlo para «normalizar» Roma y restablecer el orden y las antiguas jerarquías socavadas por Mario y sus seguidores en la ciudad. El *dictator*, en cambio, trató sutilmente de apartar a los *nobilitas* de la base, ganándose los corazones de las *gens* más poderosas. El idilio entre el dictador y los patricios no fue más que una gran ilusión. Los clientes de los *nobilitas*, de hecho, sufrieron los incesantes abusos de los libertos de Sila, una camarilla de esclavos que el propio *dictator* había liberado tras la guerra civil para garantizarse miles de seguidores dedicados a él. Incluso después del cierre de las listas de prohibición, entre el 82 y el 81 a. C., y después de la victoria de Sila, los abusos de los acólitos del dictador no cesaron,

tal vez más allá de lo que el propio Sila podía haber imaginado. Y es así como, en el momento de los hechos de nuestra historia, muchos romanos de clase media se encontraban en serias dificultades: habían perdido casi todo por el acoso de los Cornelios y otros miembros de la comitiva de Sila.

Una creciente sensación de descontento se fue filtrando entre la población de la ciudad y fueron los propios patricios quienes favorecieron los ataques contra los integrantes del círculo de Sila, apoyando a sus clientes. Fue en este contexto histórico en el que se insertó la más célebre de las querellas interpuestas contra los hombres de Sila, la que vio a Cicerón descender al foro en defensa de Sexto Roscio de Ameria, cliente de los Metelos y acusado de parricidio. Estos son los hechos: unos meses después del cierre de las listas de prohibición, en una noche de invierno del mismo año 80 a. C., el padre de Sexto Roscio fue de Ameria (una ciudad al sur de la capital) a Roma en uno de sus muchos viajes de negocios. Mientras pasaba cerca de los Bagni Pallacini, en la Suburra, fue atacado y asesinado por unos desconocidos. El hijo, único heredero del fallecido, fue acusado

del asesinato. Los acusadores fueron de hecho los primos del propio Sexto Roscio, Magno y Capitón, dueños de una escuela de gladiadores y ellos mismos exgladiadores. La historia detrás de este sórdido asunto resultó ser mucho más compleja de lo que nadie podría haber imaginado.

Pronto quedó claro para los defensores de Sexto que su protegido había sido víctima de la codicia de Cornelio Crisógono, el más poderoso de los libertos de Sila. Roscio padre, en el momento de su asesinato, poseía trece fincas por un valor de unos seis millones de sestercios (una cifra enorme) y Crisógono, en alianza con los dos primos del acusado, había inscrito al fallecido en las listas de proscripción a pesar de que éstas llevaban meses cerradas. El objetivo era poner en subasta sus tierras (éste era el destino de las propiedades de los proscritos) por un monto ínfimo una vez fuera asesinado Roscio padre. Y así sucedió. Las tierras fueron vendidas en una subasta amañada por sólo dos mil sestercios al mismo Crisógono y luego fueron repartidas entre los cómplices.

Lo que Crisógono y los demás no habían previsto era que el hijo del fallecido, considerado por todos un inepto, se rebelara contra la soberbia de sus primos, demostrando una insospechada predisposición a la batalla. Sexto Roscio pidió ayuda a los mecenas de su familia, los Metelos, quienes decidieron ayudarlo a través de Cecilia Baleárica Mayor. Cuando quedó clara para todos la implicación en el asunto del liberto más poderoso de Roma, muchos decidieron apoyar a Sexto públicamente enviando un men-

saje claro al *dictator*: los tuyos ya no pueden hacer lo que quieran sin pagar las consecuencias, ni siquiera tu protegido Crisógono. Además de los Metelos, representados por Quinto, sobrino de Cecilia, algunos miembros de otras dos importantes familias patricias se sentaron al lado del acusado: Marco Mesala de los Valerios (que treinta años más tarde sería cónsul) y Publio Cornelio Escipión de los Escipiones (futuro tribuno de la plebe). El abogado plebeyo Marco Tulio Cicerón de Arpino fue elegido para liderar el caso como defensor. En ese momento, aunque ya tenía unos veintiséis años, Cicerón todavía era considerado solo una promesa del foro.

¿Cómo reaccionó Sila ante tal ataque? Un año después dejó el poder y Roma por voluntad propia. Hasta donde sabemos, nunca intervino en defensa de Crisógono, su alumno y brazo derecho en muchos asuntos espinosos. Nadie sabe exactamente qué pasó por la mente del *dictator* en esos días. Ciertamente se dio cuenta de que el nivel de intolerancia de sus antiguos aliados de las *nobilitas* y quizá, en general, de la mayoría de los romanos había llegado a su punto máximo. ¿Por qué decidió no luchar para mantener su posición y cumplir su plan como tirano? Sigue siendo un misterio. Pareció dejar el campo libre a los *optimates* y a su nuevo líder, el joven, ambicioso y prometedor Cneo Pompeyo. Un hecho es cierto: a partir de ese momento nadie, habiendo centralizado el poder en sus propias manos, abandonó nunca más la escena de Roma de forma espontánea y sin derramamiento de sangre como lo hizo Sila.

PERSONAJES

PERSONAJES HISTÓRICOS REALES

MARCO TULLIO CICERÓN (Arpino, 106 a. C. – Formia, 43 a. C.)

Es originario de Arpino, en el sur del Lacio. Cicerón proviene de una acomodada familia ecuestre, lo que le garantiza una excelente educación gracias a los mejores maestros que habitualmente contrata y acoge su padre. Gracias a una biblioteca doméstica muy bien surtida, Cicerón profundiza su conocimiento de los grandes filósofos y de la cultura clásica. En el 81 a. C. se enfrenta a su primera causa, una simple disputa comercial entre dos particulares, y consigue —aunque el resultado del juicio es incierto a nivel histórico— un amplio eco por haberse enfrentado a Hortense, uno de los oradores más famosos de la época. En el año 80 a. C. asume la defensa Sexto Roscio, acusado de parricidio, pero el juicio tiene además fuertes connotaciones políticas. Cicerón no sólo exonera a Sexto, sino que aporta pruebas de la participación en el caso de Crisógono, un liberto muy poderoso vinculado a Sila. Al ganar la causa, Cicerón inicia definitivamente su carrera como orador y su ascenso político, afectando así, quizá de manera irremediable, al sistema clientelar de Sila.

MARCO LICINIO CRASO (Roma, 114 a. C. – Carras, 53 a. C.)

Nació en Roma, en el seno de una ilustre familia, y recibió una educación severa basada en el rigor y la disciplina —tanto que, incluso en la edad adulta y a pesar de ser muy rico, nunca cayó en los excesos propios del advenimiento ecuestre—. Luchó junto a Sila y su apoyo fue decisivo para la victoria final de este último en la batalla de Puerta Collina. A pesar de esto, Craso y Sila nunca llegarán a ser amigos y se observarán con recelo durante toda la dictadura de Sila. Pese a sus indiscutibles habilidades militares y de mando, la fama militar de Craso fue eclipsada por Pompeyo, una estrella en ascenso de las *nobilitas*. Extremadamente versátil, Craso es recordado por la incalculable riqueza obtenida gracias a un sentido comercial excepcional. Sin embargo, no atesoró dinero e invirtió sabiamente sus fortunas para convertirlas en poder político. Fue, además, un habilidoso orador. Cicerón, aunque no lo considerase sobresaliente, reconoció sus poco comunes habilidades para la oratoria.

CECILIA METELA BALEÁRICA MAYOR

No se sabe mucho de ella. La mayor parte de la información sobre Metela se puede encontrar en la *Pro Sexto Roscio Amerino* de Cicerón. Cecilia fue primero vestal y, una vez disuelto su voto de treinta años, se convirtió en sacerdotisa de Juno Sospita. Es famosa su intervención como portavoz de Juno: la diosa la visitó en un sueño y le advirtió de que el deterioro de las costumbres romanas serían la verdadera causa de la ruina de Roma, por lo que era su deber salvar la ciudad. Cecilia consiguió del Senado la financiación para restaurar el templo dedicado a Juno Sospita y Roma, repentinamente, viró el rumbo del conflicto. Totalmente dedicada a sus actividades de sacerdotisa, fue un referente para la población al encarnar las antiguas virtudes romanas. Incluso después de haber disuelto los votos de vestal, se negó a casarse y llevó una vida irreprochable y económicamente autónoma. La *Pro Sexto* la hizo famosa por haber protegido y apoyado a Sexto Roscio, el presunto parricida. Fue una de las pocas personas que pudo enfrentarse directamente a Sila.

TIRÓN (? - 4 a. C.)

No se sabe mucho acerca de sus orígenes. Se cree que nació en la casa de la familia de Cicerón. Las principales fuentes lo retratan como un esclavo indudablemente atípico: recibió una buena educación y siempre acompañó a Cicerón. Para él gestionó no sólo los asuntos económicos más delicados, sino también su vida social, seleccionando, por ejemplo, a quién invitar a las cenas (un tema delicado en ese momento). También fue un hombre ingenioso: fue él quien transcribía e incluso corregía las oraciones y escritos de su maestro. Para acelerar estas operaciones inventó la taquigrafía, el método de escritura rápida que se ha mantenido en uso hasta el día de hoy. Fue liberado por Cicerón y adquirió una villa rural, retirándose al campo. Una vez liberto, siguió manteniendo contacto con Cicerón, el cual, como muestra de cariño, solía preocuparse por su salud en las cartas que le enviaba.

CNEO POMPEYO MAGNO (? , 106 a. C. – Pelusio, 48 a. C.)

El lugar de nacimiento de Pompeyo no es seguro, pero según algunos historiadores nació en Fermo. Su padre fue un rico terrateniente del área de Piceno que pertenecía a una *gens* itálica que tuvo acceso a la *nobilitas* sólo en tiempos más recientes. El compromiso político de su padre nos hace pensar que muy probablemente pasó su juventud en Roma, donde desde una edad temprana demostró sus dotes militares al estar involucrado en el consejo de guerra del ejército que, en el 91 a. C., lo envió para sofocar una revuelta en el Piceno. A las habilidades militares se añadían su belleza y su destreza atlética, combinadas con una brillante habilidad para la oratoria, apreciada por el propio Cicerón. Pompeyo sigue

siendo un personaje difícil de interpretar. En varias ocasiones muestra una gran magnanimidad hacia los derrotados, en otras se destaca por su ferocidad en las represiones, tanto que le valió el sobrenombre de «joven verdugo». Admirado y quizá también temido por el propio Sila, que veía en él un peligro por su capacidad como estratega y sobre todo por la influencia que tenía sobre las tropas, a Pompeyo le fue concedido el título de emperador. Posteriormente, el mismo *dictator* admitió que se lo podía definir como Magno, pues ya era aclamado entre las legiones bajo su mando. Sila, sin embargo, inicialmente se opuso a su triunfo a su regreso de África tras derrotar a los marianos que huyeron hacia el sur, lo cual socavó la relación entre ambos. Volvieron a acercarse en el 80 a. C., cuando Sila concedió a Pompeyo el título de Magno de modo oficial.

LUCIO CORNELIO SILA (Roma, 138 a. C. – Cuma, 78 a. C.)

Sila pertenece a una rama caída de la importante *gens* Cornelia. Esto no impidió que el joven Lucio recibiera una educación digna de las familias más pudientes, demostrando ser un niño precoz. Pasa una juventud disoluta, siempre endeudado, pero se convierte en el favorito de una mujer romana adinerada que lo apoya económicamente y cuyos excelentes contactos le garantizan la protección de personajes influyentes. Militarmente crece con Mario, que lo toma bajo su ala y lo lleva con él a la guerra contra Yugurta y luego contra los Cimbros. En estas ocasiones demuestra una gran habilidad militar y una gran sensibilidad en el análisis del adversario. Le encanta conocer en profundidad a los enemigos de la República, cosa que le lleva a apreciar los hábitos y costumbres de los bárbaros para luego explotarlos en su favor. Amante del lujo, especialmente el que viene de Oriente, atrae las aversiones de los conservadores vinculados a las antiguas tradiciones. Se escapa durante las purgas de Mario, que lo ve como un oponente peligroso. Convertido en campeón de la facción de los *optimates*, caza a los marianos y da comienzo a un periodo de terror dominado por las infames proscripciones que provocan la muerte y la ruina de miles de romanos. Crea, además, un sistema clientelar y corrupto que le permite ocupar el cargo de *dictator* sin que expire el mandato, acercándolo peligrosamente a la tiranía. Muchos de los *optimates* que antes lo apoyaron acaban oponiéndose a él, aunque infructuosamente.

LUCIO CORNELIO CRISÓGONO (? - Roma, 80 a. C.)

Liberto y posible amante de Lucio Cornelio Sila. Oriental de nacimiento, probablemente griego, entra en el favor del *dictator* y se convierte en el jefe de miles de Cornelios, libertos liberados por Sila al final de la guerra civil. Los Cornelios son los ojos, los oídos y, en ocasiones, los sicarios del *dictator*, que, al liberarlos, obtuvo un sistema de espías e informadores que se extendía por toda la ciudad. Crisógono se enriquece de modo excesivo, sobre todo gracias a la confiscación de

los bienes de los proscritos. Muchos romanos le temen y casi todos lo odian. A pesar de ser un protegido intocable de Sila, el frenesí de riqueza lo lleva a la ruina cuando se ve envuelto en el caso de Sexto Roscio.

PERSONAJES FICTICIOS

TITO ANIO TUSCOLANO (conocido como Moloso) (116 a. C. - ?)

Sus orígenes son misteriosos. Se sabe que su padre murió cuando él era pequeño y que, por lo que él mismo confiesa a su amigo Astrágalo, pasa la infancia con su madre en la casa de sus abuelos paternos. El abuelo es violento y abusa regularmente de la madre de Tito hasta llegar a matarla. Tito, con sólo quince años, presencia el asesinato y huye; se refugia en las legiones de Mario. Allí conoce a Astrágalo y se hacen amigos. Tito es un buen soldado y tras diez años de servicio es ascendido a centurión. Durante sus veinte años de servicio participa en grandes campañas y es centurión en las tropas de Marco Licinio Craso. Durante la guerra social se hace amigo cercano de Marcio Murolo, tribuno militar y vástago de una familia perteneciente a la aristocracia senatorial (la relación entre los dos, en realidad, es profundamente ambigua). Tito también conoce a la esposa de Marcio, Velia Aquinia, y los tres se vuelven inseparables. Cuando Marcio muere al final de la guerra civil, Tito se convierte en el protegido de Velia. Sin embargo, tras retirarse con honores de la legión, se entrega al juego y al vino. Derrocha todo lo que tiene y su excomandante Craso le ofrece un trabajo como recaudador y persuasor. Su determinación para llevar a cabo las misiones que le encomienda Craso es tal que pronto es apodado «el Moloso de Craso» o, simplemente, «el Moloso».

LUCIO TITINIO ASTRÁGALO (115 a. C. - ?)

Es originario de una familia pobre y numerosa de la Suburra. Por ser el hermano mayor, su padre decide enviarle a la legión a los quince años para tener una boca menos que alimentar. Allí conoce a Tito Anio Tuscolano y se hacen buenos amigos. Los dos vivirán juntos las guerras más importantes de la época. Cuando Tito se alista en las tropas de Craso (83 a. C.), Astrágalo permanece en las de Sila, pero debido a su cojera —resultado de una herida mal curada en Ponto—, pasa la guerra civil ayudando al cirujano griego de la legión. Después del funeral de Marcio Murolo, Astrágalo no volverá a encontrarse con Tito hasta el año 80 a. C., cuando, una vez abandonada la legión, él también se dedica a derrochar lo poco que tiene en el juego y en el vino. Para sobrevivir, trabaja como médico de prostitutas en los burdeles de Medio As.

CLAUDIO URSIO GABELO (c. 100 a. C. - ?)

Claudio Ursio Gabelo nació en un pueblo al noroeste de Mediolanum, en la Galia Cisalpina. Hijo de un noble galo, Gabelo se traslada a Placentia y es «romanizado». Rubio colosal, de apariencia evidentemente celta, hace referencia a su romanismo a todo aquel que le confunda con un Galo refiriéndose al *Mos maiorum*. En el 82 a. C., acabada la guerra civil, su padre lo envía a Roma con un cargamento de pieles preciosas. Una vez en Roma es atacado por un grupo de merodeadores de la Suburra. Lo salva Tito, que pasaba por ahí, pero pierde toda la carga. Sin un sestercio en el bolsillo, el joven se queda atrapado en Roma. Tito lo toma bajo su ala protectora y aprovecha su físico para darle trabajo de guardaespaldas en las noches que pasa jugando a los dados. Gabelo es ingenuo, sustancialmente bueno y tiene una moral de hierro muy personal, pero puede ser extremadamente violento si se siente amenazado, sobre todo ante los abusos contra los más débiles o si es comandado por Tito.

VELIA AQUINIA (110 a. C. - ?)

Velia es la hija mayor de una rica familia ecuestre. Es educada en las artes y las letras. A los dieciséis años se casa con un vástago de la aristocracia senatorial, Marcio Murolo. El matrimonio concertado es feliz, los dos se aman y Marcio no deja a Velia incluso cuando no pueden tener hijos. Velia conoce al compañero de armas de Marcio, Tito, uno de los centuriones de la legión en la que su marido ocupa el cargo de tribuno. Es el mejor amigo de Marcio y pronto se convierte también en el mejor amigo de Velia. Cuando Marcio muere en la guerra, Velia rechaza a todos los pretendientes propuestos por su familia y la de su marido. Permanece sola en la *domus* de Marcio en compañía de dos fieles esclavos. Para sobrevivir comienza a prostituirse y sus clientes son exclusivamente patricios nobles. Tito pasa a formar parte de su vida. Los dos se convierten en amantes, con una relación a menudo dolorosa y tormentosa: Tito es, a efectos prácticos, su criado; ella, por su parte, lo salva del juego y de sus hábitos peligrosos, pero nunca logra domesticarlo.

MARCO GARRULO (conocido como Medio As)

Marco Garrulo, apodado Medio As, aparece de la nada en Roma alrededor del año 100 a. C. Nadie sabe quién es ni de dónde viene, pero en poco tiempo se convierte en uno de los proxenetas más ricos de la Suburra gracias a sus tres renombrados burdeles, situados en edificios que pertenecen a Craso. Lo llaman Medio As porque «por esa ridícula cantidad habría vendido a su madre». Durante el dominio de Mario y Cinna se dedica a ocultar a los enemigos de los populares y durante la guerra civil acoge a los populares de los fieles a Sila. Sus burdeles son un lugar donde dar salida a los vicios e intrigas de los romanos.

HELICÓN ÁTICO (conocido como Pequeño Alejandro)

Lo llaman Pequeño Alejandro porque se parece al héroe macedonio: es rubio y tiene un ojo marrón y otro azul. Es, como le gusta definirse a sí mismo, «un procurador de placeres prohibidos». Greco, que llegó a Roma en el 81 a. C. buscando apoyo para iniciar su negocio, encontró en Medio As a su mejor aliado: le presentó a Helicón y a otros senadores y jinetes, generalmente romanos adinerados capaces de pagar los servicios del griego. Refinado y culto, el Pequeño Alejandro se siente fuera de lugar en una Roma aún lejos del esplendor imperial.

FLAVIA (99 a. C. - ?)

Procedente de una familia de jinetes pertenecientes a la facción mariana, fue vendida a los quince años a Medio As por su padre, proscrito, a cambio de un pase para toda la familia para huir de Roma. Flavia, guapa y joven, debía convertirse, según los planes de Medio As, en una de las protagonistas del burdel más elegante de la Suburra. Aun así, con el primer cliente demostró estar lejos de ser una mujer sumisa: se rebeló e hirió a un senador. El castigo le dejó algunas cicatrices, pero su carácter indomable fascina a Medio As, que en lugar de deshacerse de ella, decide tenerla con él como sirvienta.

EXTRACTOS

MASACRE EN LA VAINA DEL GLADIO

Roma, año 673 ab Urbe condita, tercer día antes de las nonas de enero

(3 de enero del año 80 a. C.)

El sonido de la piedra de afilar contra el hierro acariciaba los tímpanos del hombre de la cicatriz y lo ayudaba a concentrarse. Cuidaba de sus sicas como un león de sus garras: acompasándose con las sacudidas del carro dejaba que la piedra corriese con estudiada lentitud sobre las hojas curvas, disfrutaba del momento y repasaba para sus adentros, mientras tanto, las cosas que tenía que hacer, distribuyéndolas en una secuencia precisa.

Afilaba su determinación de matar.

Tenía una misión, y los tres que lo acompañaban para llevarla a cabo seguirían sus órdenes, en cumplimiento de la ferina jerarquía que se había instaurado entre ellos.

El más joven, al que todos llamaban Puer, dormitaba en un rincón, envuelto en un manto oscuro; los otros dos charlotaban.

—Habrá mujeres —dijo el ibérico, recogiendo el pelo en una corta coleta.

El germánico se rio.

—Mira qué bien... Vamos a estropear una fiesta. ¿Cuántas putas habrá, eh? ¿Cuántas habrá?

El hombre desfigurado se pasó el dedo índice por la cicatriz irregular que le recorría la cara desde la mandíbula hasta la frente pasando por la órbita derecha, vacía como un pozo sin fondo.

Dio un último repaso a las sicas y se las cruzó por detrás de la espalda, metiéndolas en el grueso cinturón de cuero que le ceñía la túnica por la cintura. Aflojó los hombros, giró el cuello de toro, se inclinó hacia el hombre que estaba sentado frente a él y lo agarró por la barba. El otro gimió de dolor sujetándose, con las dos manos, al gigantesco brazo que tiraba de él hacia abajo.

—Ya te diré yo cuándo puedes dirigirme la palabra. —Se volvió y señaló con el dedo directamente al rostro del ibérico—. Si se os ocurre rozar siquiera a las mujeres con algo que no sea vuestra espada...

—Ya os lo había dicho —rio con malicia Puer, estirándose.

—Muérete, lameculos —le susurró el germánico, masajeándose la mandíbula.

Puer se encogió de hombros y se tapó

la cara con la capucha. El carro se detuvo con un crujido; las mulas del tiro resoplaron y el conductor murmuró algo a alguien a pie, quien a su vez le contestó. La confirmación de un acuerdo. Los cuatro comprendieron que habían llegado a uno de los puestos de guardia a las puertas de la Urbe. Hubo un rápido intercambio de palabras más y, luego, con una sacudida, empezaron a moverse de nuevo. Puer apartó apenas la cortina de piel de la parte trasera del carro y vio los muros de las casas de Roma desfilan lentamente.

—Ya estamos. —Los músculos del ibérico se contrajeron, adentellados por la excitación.

Al cabo de unos minutos volvieron a pararse. Los cuatro esperaron la señal, tres golpes de bastón contra un costado, y se bajaron.

Emanaban vaho en la noche.

El conductor llamó al coloso tuerto.

—Todo seguido hasta el final por esta calle. Doblad a la derecha; el cuarto a la izquierda es el callejón del lupanar. La Vaina del Gladio es la última casa que hace esquina. No os costará encontrarla. Hay un letrero, suponiendo que sepáis leer... Sin embargo, no tiene pérdida, es el único edificio que no parece a punto de derrumbarse de un momento a otro, y el único con más de un piso. Subid al primero. El resto ya lo sabéis. Ninguno con vida —concluyó.

El hombre de la cicatriz sonrió en la oscuridad de la capucha.

—Dame tu jarra —ordenó.

—¿El qué?

—Tu jarra.

—Está vacía. No tiene vino.

—Tú dámela.

El conductor se la entregó.

—Os espero aquí —dijo—, daos prisa.

Su mortífera carga desapareció entre los callejones de la Suburra. Él se envolvió en una manta de lana y cerró los ojos.

A la entrada de La Vaina del Gladio cinco esclavos, hombres robustos, trataban de calentarse en torno a un pequeño brasero, bebiendo cerveza y un vino horrendo; un par de ellos jugaban a la morra. El frío del invierno atenuaba los olores de la calle embarrada, impregnada de lluvia, y de las aguas residuales que sus habitantes lanzaban por las ventanas, una costumbre que hacía de aquel vecindario un lugar peligroso también por lo que podía lloverte de repente sobre la cabeza. Por lo demás, ¿qué era la Suburra sino un intestino retorcido de callejones tenebrosos en los que fermentaban los desechos de la Urbe?

La calleja a la que daba el burdel estaba inmersa en la oscuridad. Para los cinco esclavos era una velada cómoda, al fin y al cabo: había tareas peores que escoltar a los amos en busca de placeres.

Concentrados en la morra, no prestaron demasiada atención a los cuatro borrachos que avanzaban zigzagueando por la calle, pasándose una jarra y mascullando cantos tabernarios. Seguro que eran clientes de la *popina* de Aviculus, no muy lejos de allí, en el callejón paralelo. Nada raro, pues. Salvo que los cuatro iban encapuchados y, al llegar a la altura del lupanar, hicieron ademán de entrar.

—¡Eh, alto, amigos! Está cerrado.

—Uno de los esclavos, agarrando un bastón, les impidió el paso. Los otros siguieron con el juego: no eran aquellos los

primeros peregrinos a los que rechazaban esa noche.

La refriega se extinguió en unos instantes, produciendo apenas un poco de jaleo y el grito ahogado de una de las víctimas, la última en morir.

Nada que pudiera llamar la atención de ningún habitante de la Suburra.

El ibérico y el germánico arrastraron los cadáveres al *atrium*. Puer entrecerró la enorme puerta de madera, dejando un resquicio para vigilar la calle. El hombre de la cicatriz revisó las habitaciones de la planta baja. Vacías. Les habían dicho que el lupanar había organizado una fiesta privada y que, por lo tanto, excepto la escolta y los invitados, estaría desierto; más valía asegurarse, en todo caso. Se asomó a las escaleras y oyó la voz de dos hombres, por lo menos. Uno, pequeñajo, apareció en el umbral de la habitación iluminada del primer piso: lo vio, titubeó un momento —lo suficiente como para distinguir una sonrisa en la cara desfigurada— y desapareció de nuevo dentro.

El sicario se bajó la capucha, restregó las sicas entre sí, produciendo un sonido escalofriante, y ordenó al ibérico y el germánico que lo siguieran arriba.

De guardia en la entrada, Puer oyó gritos de mujeres, muebles volcados, vajilla que se hacía añicos y un ruido sordo que venía de la calle. El germánico, con

su acento nórdico, gutural, le gritó:

—¡Chico, uno ha saltado a la calle, atrápalo!

Puer salió corriendo. El ibérico, asomado a una ventana, lo llamó con un silbido.

—Está al otro lado de la casa. Cojea, pero ¡anda que no corre, ese mamarracho!

El barro había amortiguado en parte la caída, pero también había servido para que Medio As pareciera un porquerizo samnita. Como consecuencia del salto desde la ventana, su tobillo izquierdo había quedado maltrecho y le provocaba atroces punzadas solo con apoyarse en él.

—¡Que Júpiter me fulmine! De esta no me libro. Soy hombre muerto —repetía.

El aire frío le encogía los pulmones mientras el corazón le estallaba en el pecho. Apoyándose en los muros de las casas, aguantando el peso sobre su pierna sana y maldiciendo a todos los dioses que conocía, se dirigió hacia el único refugio en el que podía esconderse cerca del lupanar. Aún resonaban en sus oídos los gritos de las putas, y en sus ojos seguía grabada la cara de un monstruo tuerto que le sonreía.

—Soy hombre muerto —dijo de nuevo.

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Conocéis los acontecimientos del año 80 a. C.?
2. ¿Por qué la época se llama República tardía?
3. Muchos de los personajes de la novela son reales y existieron de verdad. ¿Sabrías decir cuáles?
4. Entra en escena en la novela un jovencísimo Cicerón. Sus primeros pasos por el foro no fueron exactamente marcados por el éxito, sino más bien por la suerte. ¿Creéis que el apoyo político a su persona fue fundamental?
5. Las luchas de poder en la Roma republicana estaban a la orden del día y también las traiciones. ¿Encontráis algún paralelismo entre la novela y la época convulsa que vivimos en nuestro presente?
6. El juicio a Sexto Roscio fue un arma arrojada contra el poder y su corrupción por parte de un grupo de privilegiados, ¿creéis que hoy se siguen usando los juicios para intereses políticos y personales? ¿Queda algún sentido de justicia?
7. Hoy en día todavía siguen siendo condenados inocentes y hay claros culpables que eluden la cárcel. ¿Creéis que tiene más culpa la abogacía, la política o la opinión pública? En la Roma republicana la opinión y la política no iban separadas de la oratoria en el foro. ¿Sucede lo mismo hoy?

8. Los autores declaran: «Son muchos los paralelismos con otras eras: cómo nos enfrentamos ahora a la globalización, luego cómo Roma se abrió al Mediterráneo, una novedad por la que estaba del todo impreparada, tanto que desató el populismo y empujó un cambio de sistema. Como hemos comentado otras veces, la Roma de aquel entonces, la que se acababa de abrir al Mediterráneo tenía una estructura sociopolítica que no estaba a la altura de los desafíos de su tiempo y, en este aspecto, se parece a todas las metrópolis que se asoman a los nuevos tiempos, con sus consecuencias y resistencias». ¿Estáis de acuerdo? ¿Cuál ha sido vuestra impresión durante la lectura?
9. Hay en la novela un inicio de conciencia de clase por parte de los personajes. ¿Creéis que ha evolucionado mucho el transvase entre clases desde el 80 a. C.?
10. ¿Cómo salen parados los personajes que representan el poder en la novela?
11. ¿Cuál es la impresión que se puede extrapolar de la novela acerca del papel de la mujer en el año 80 a. C.?
12. Roma era una ciudad violenta y despiadada, y los autores defienden que sigue siendo así. ¿Habéis encontrado algún paralelismo con las capitales de hoy que podáis conocer?

LOS AUTORES



© Danny Christensen

STEFANO DE BELLIS ha sido policía, economista, compositor musical, experto en logística y sumiller. Apasionado de la literatura, la historia antigua, la filosofía y las religiones primitivas, actualmente trabaja como consultor informático.

EDGARDO FIORILLO es biólogo, traductor, divulgador científico, editor y ha trabajado en primera línea contra el COVID-19 en el hospital de Piacenza.

El derecho de los lobos es la primera novela de ambos autores y sus derechos ya han sido vendidos para adaptarla como serie de televisión.

